

# RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIAÍSTICA

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.**

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

6	números cada quince días:	Ptas. 0,50 al mes.
12	»	» 1,00 »
30	»	» 2,50 »
60	»	» 5,00 »
100	»	» 8,00 »

## PAGO ADELANTADO

*«Este precepto os doy: Amáds los unos a los otros como Yo os he amado.»*

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS.)

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

:: CALLE DE CABRALES, NÚM. 144, PRINCIPAL ::

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

Carta de Claudia Prúcua,  
esposa de Poncio Pilatos, a Fulvia Hersilia

.....  
Mientras cenábamos, dije a Poncio lo que había visto, y él, haciendo un movimiento de cabeza, contestó:

«Has visto a Jesús Nazareno, odiado por Fariseos, Saduceos y orgullosos Pontífices del templo; su resentimiento aumenta cada día, su ira pone en peligro su vida, y, sin embargo, sus palabras son de un sabio y sus prodigios de un Dios.»

«¿Y por qué le aborrecen?»

«Porque ha descubierto sus vicios y su hipocresía. El porvenir se presenta muy sombrío para el Nazareno!»

«Pero tú, con tu gran autoridad, le defenderas, respondí con vehemencia.»

«Mi autoridad es un mito ante este pueblo amotinado, y créeme, quisiera ponerme entre él y ese justo.»

Diciendo estas palabras, Poncio se levantó más inquieto que de costumbre; quedó sola, pensativa, trémula.

El día que precedía al de Pascua, Poncio me dijo con tristeza:

«Los destinos son nefastos para el Nazareno, su cabeza ha sido puesta a precio; esta misma tarde será quizás entregado a los príncipes de los sacerdotes.»

Temblé a estas palabras y repetí: «Tú le salvarás.»

«No sé si podré», respondió Poncio con tristeza.

Era ya la hora del descanso; pero apenas había reclinado la cabeza en la almohada de mi lecho, cuando ensueños misteriosos se apoderaron de mi mente. Vi a Jesús Nazareno, y le ví como Salomé me representaba a su Dios. Su rostro tenía el resplandor del sol, y los querubines le transportaban en sus alas; eran ardientes rayos sus ministros, y en pie sobre las nubes juzgaban a las humanas generaciones, reunidas bajo sus plantas. Con un movimiento de su mano, separaba los buenos de los malos: los primeros se elevaban hacia El radiantes de inmortal belleza; los segundos caían a un abismo de fuego más terrible que el Flagetonte y el Tenaro; y cuando el Juez, mostrándonos las llagas que cubrían su cuerpo, me dijo con majestuosa voz: «¡Dadme cuenta de la sangre que he derramado por vosotros!», entonces estos reprobados pedían a las montañas que los sepultasen y la tierra que los tragase; ¡todo en vano!, se sentían inmortales, inmortales para el suplicio, inmortales para la desesperación. ¡Oh, qué sueño, o mejor dicho, qué revelación!

Apenas el crepúsculo del día naciente

había dorado la cúpula del templo, abandoné el lecho, el corazón oprimido de espanto, y me senté cerca de una ventana para respirar el aire puro matinal... No hacía mucho que estaba, cuando me pareció que un gran rumor surgía poco a poco del centro de la ciudad: gritos, vociferaciones, rugidos más terribles que la voz, Océano enfurecido, llegaron a mis oídos; yo escuchaba con el corazón oprimido de angustia y la frente bañada de frío sudor. El tumulto se aproximaba más y más, y los pasos de la muchedumbre repercutían en la escalera que conduce al Pretorio.

Sobrecogida de temor, cogí a mi hijo, que jugaba a mi lado, y quise ir a mi esposo.

Al llegar a la puerta inferior del Pretorio, oí gran confusión de voces; no me atreví a penetrar, pero levanté la mampara de púrpura que pendía ante la puerta...

¡Qué espectáculo, Fulvia! Poncio estaba sentado en su silla de marfil, con todo el esplendor de que Roma rodeaba a sus delegados, pero a través de la impasibilidad con que procuraba revestir su rostro, adiviné un temor profundo. Ante él, las manos atadas, sus vestidos en desorden, la frente ensangrentada, se hallaba Jesús Nazareno tranquilo e inmóvil; en sus acciones no había orgullo ni terror. Estaba tranquilo como la inocencia, resignado como la abnegación, y sin embargo, su dulzura me llenaba de espanto, porque todavía creía oír las palabras de mi sueño: «Dadme cuenta de la sangre que he derramado por vosotros.»

A su alrededor rugía la inmunda turba que le había arrastrado al Pretorio; entre esta turba se veían algunos sacerdotes, escribas y fariseos, conocidos por las filacterias de pergamino que llevaban en la frente con algunos textos de la ley.

Todos estos rostros sombríos respiraban odio, reflejos siniestros iluminaban sus inflamados ojos, y parecía que los espíritus infernales mezclaban su voz a la de la turba feroz.

A una señal de Poncio, se restableció el silencio: «¿Qué queréis de mí?», les preguntó. «Queremos la muerte de este hombre, de Jesús Nazareno», respondió un sacerdote, haciéndose intérprete de la muchedumbre. «Herodes le ha condenado a muerte, y queremos que confirmes esta sentencia.» Poncio dijo: «No hallo ningún crimen en este hombre, voy a soltarle.»

«Entréganoslo, crucifícale», repondió el populacho.

No pude oír más, llamé a un criado esclavo y le envié a mi esposo, rogándole

me concediera un momento de audiencia. Se retiró del tribunal y vino a mí. Me arrojé a sus pies, diciéndole: «Por todo lo que te es más querido, en nombre de este niño, fruto sagrado de nuestra unión, guárdate de participar en la muerte de ese justo.»

«Semejante a los dioses inmortales le he visto esta noche, en un sueño revelador, lleno de majestad suprema.»

«Juzgaba a los hombres, que temblaban ante El, y entre las sombras desgraciadas precipitadas al fondo de las llamas, he reconocido los rostros de los que ahora mismo piden su muerte. ¡Oh, guárdate de poner sobre él manos sacrílegas!, créeme, una sola gota de su sangre, sellará para siempre tu condenación.»

«Y, sin embargo, no podré salvarle, respondió Poncio; la cohorte romana es poco numerosa, y es un freno muy débil contra este pueblo que los malos espíritus parecen animar. Pero tranquilízate, Claudia, baja al jardín, tus ojos no se han hecho para ver estas escenas sanguinarias.»

Diciendo estas palabras, se separó de mí; quedé sola, presa de mortal angustia. Jesús estaba aún delante del tribunal, siendo el blanco de las burlas y ultrajes del pueblo y soldados, cuyo imponente furor no era nada comparado con su invencible paciencia.

Poncio se sentó de nuevo en su silla de justicia; al verlo, los gritos de muerte se oyeron más ardientes y funestos.

Tras muchas escenas horrosas que no te comentaré, Poncio hizo un gesto de desaliento; los clamores de este pueblo, cada vez más insolente, parecían amenazar su autoridad, la autoridad del pueblo romano, que no tenía en Jerusalén para defenderse más que el prestigio de su gloria, porque pocos soldados eran adictos a nuestras águilas. El tumulto crecía más y más; nunca los ruidos tempestuosos del circo, jamás las disputas del foro, habían traído a nuestros oídos semejantes rumores. Nada estaba tranquilo; nada, excepto la misteriosa frente del Nazareno; los insultos, las torturas, la proximidad de una muerte cruel e ignominiosa, no alteraban la serenidad de su mirada. Sus ojos, que habían infundido la vida a la hija de Jairo, miraban a sus verdugos con inefable expresión de paz y amor; sufría, sin duda, pero sufría con alegría y su alma parecía elevarse hacia las regiones invisibles, como la llama pura de una santa oblación.

El Pretorio estaba inundado de multitud del pueblo hasta la entrada del tribunal. Todo este gentío bajaba, como un torrente de lava, de la montaña de Sión,

(1) a los reprobados

en cuya cumbre estaba edificado el templo.

Mi esposo, abrumado, atemorizado, cedió al fin. ¡Hora por siempre nefasta, hora terrible, escrita en el libro de la eternidad!... ¿Quién podrá revelar tu horror?

Poncio se levantó; la duda y un livido terror se reflejaban en su frente; introdujo simbólicamente sus manos en una vasija de agua, y dijo en alta voz: «Soy inocente de la sangre de ese justo.» ¡Que caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!, gritó este pueblo insensato; y acercándose a Jesús le rodearon con furor; mis ojos siguieron a la víctima que iban a sacrificar; después, un velo cubrió mi vista, mis piernas flaquearon, y por el quebranto de mi corazón, creí que mi vida llegaba a su fin.

El cielo parecía de acuerdo con el duelo del espíritu; grandes nubes de formas espantosas bajaban hacia la tierra, y de sus vacíos sulfurosos salían pálidos resplandores.

La ciudad, tan bulliciosa a la mañana, estaba taciturna, silenciosa, como si la muerte hubiese plantado sus negros pendones en las plazas públicas; un incomprendible espanto me sujetaba en mi silla; tenía a mi hijo sobre mis rodillas y esperaba, sin saber cuál era el objeto de mi espera.

Hacia las doce del día, las tinieblas oscurecieron la atmósfera, y un terrible sacudimiento conmovió la tierra; el suelo parecía palpar, y se hubiera dicho que el Universo iba a disolverse y anudarse.

Caí prosternada. Una de mis esclavas, judía de nación, entró en el cuarto, pálida, descompuesta, la vista extraviada, gritando:

«El último día ha llegado; Dios lo anuncia con estos prodigios; el velo del templo que cubría el Propiciatorio, se ha roto en dos pedazos; la desolación reina en el lugar santo, y los sepulcros, según dicen, se han abierto.»

Al oír estas palabras fui presa de un vértigo; me levanté vacilante y salí a la escalera; en ella encontré al centurión que había presidido la ejecución de Jesús.

Era éste un veterano, encanecido en las guerras contra Germanos y Partos; nunca corazón más valiente había latido en un pecho más fuerte; pero en este momento estaba pálido, abatido, y parecía agitado por los remordimientos y el terror.

Quise interrogarle, pero pasó ante mí, diciendo: «El que hemos matado, es verdaderamente el hijo de Dios.»

Entré en una sala de piso bajo, y encontré a Poncio sentado, la cabeza entre sus manos; me miró y me dijo con tristeza: «¡Por qué no he seguido tus consejos, Claudia; por qué no he defendido a ese justo aun al precio de mi vida! ¡Mi miserable corazón no disfrutará ya de descanso!»

No me atreví a contestarle, ni tampoco había consuelo para la irreparable desgracia que nos había marcado con el sello de la reprobación.

Sólo los bramidos de los truenos que repercutían en las bóvedas del palacio, interrumpían el silencio, llenándome de terror... A pesar de la tempestad, un anciano se presentó a la puerta de la sala, y fué introducido hasta Pilatos. El anciano se arrojó a sus pies, y llorando dijo:

«Me llamo José de Arimatea y vengo a pedir permiso para bajar de la cruz el cuerpo de Jesús Nazareno y enterrarlo en un sepulcro de mi propiedad.»

Poncio le respondió, sin levantar los

ojos del suelo: «Id.»

El anciano salió, y vi que se reunió en el pórtico a un grupo de mujeres cubiertas con velo.

Así terminó este día fatal.

Jesús fué enterrado en un sepulcro abierto en una roca, que rodearon de guardias.

Pero, ¡Fulvia!, al tercer día salió del sepulcro, glorioso y triunfante resucitó como lo había predicho, y se mostró victorioso de la muerte a gran número de personas.

Tal es el testimonio que sus discípulos han dado de El y han confirmado con su sangre, derramada por el Señor Jesucristo ante los tribunales de los jueces y de los príncipes.

Desde este momento nada salió bien a mi esposo: afeado por el Senado y por el mismo Tiberio por su conducta, siendo el blanco de los desprecios de los judíos y del odio de aquellos cuyas pasiones había secundado, su vida no fué más que amargura y tristeza.

Al cabo de pocos meses Poncio fué destituido de sus funciones.

Volvimos a Europa, y errando de ciudad en ciudad, llevó por todas partes el peso de su inquietud y de su espíritu atormentado de remordimientos. Le sigo (la mujer de Caín, dicen los hebreos, siguió a su marido errante sobre la tierra.)

La imagen de la cruz sangrienta, a la que fué clavado el inocente y el justo, se alza entre nosotros. No me atrevo a mirarle; el sonido de su voz, que pronunció la sentencia, me hace temblar, y cuando antes de la comida el esclavo le presenta el agua para lavarse, me parece que no introduce sus manos en agua pura, sino en sangre humeante cuyos vestigios no se pueden borrar.

Los cristianos existen ya en todas partes; aquí mismo, en el país de los Rhodons (departamento de la Gironda), donde hemos pedido un asilo a las neblinas del mar y a las soledades de los Landes, aquí oigo el nombre de mi esposo pronunciado con horror... y he sabido que los Apóstoles de Jesús, antes de separarse para ir a predicar su Evangelio a las naciones, han inscrito en la explicación de su fe estas palabras vengadoras: «Padece bajo el poder de Poncio Pilatos.»

Anatema terrible que todos los siglos repetirán.

Adiós, Fulvia, llórame, y quiera el Dios justo concederte toda la felicidad que otras veces nos hemos deseado. Adiós.—*Claudia.*

*Nota.*—Esta curiosa y edificante epístola, escrita en francés y traducida por D. del Llano, es verosímil y concuerda en lo esencial con la historia evangélica.

## LOS BARBAROS

### ROMANCE HISTÓRICO

Ya vienen por los confines  
de la *urbe* rota los bárbaros;  
pues ya repiten los vientos  
el mugido de sus cantos.

Ya la selva se estremece  
al pisar de sus caballos,  
y los árboles se abren  
ante su bélico paso.

Traen por capellar las pieles  
del jabalí y del leopardo,  
la frámea aguda en la diestra,  
en la siniestra el venablo,  
y la cabellera roja,  
como un haz de rayos áureos,  
sobre la frente anudada,  
se derrama de lo alto.

Ya suben por la colina  
los de los nervudos brazos  
y ojos verdes y coléricos,  
cual aguas del Oceano.  
Son los bravos vencedores  
de los invictos romanos,  
los que pusieron dispersas  
águilas y minotauros;  
los hijos de Faramundo,  
audaces en el asalto,  
feroz vanguardia de Atila  
y escarmiento de los vándalos;  
los que á Tréveris rindieron  
con el rodar de sus carros;  
los que á Maguncia y Colonia  
como fieras saquearon;  
los que llevan en los dientes  
los férreos escudos blancos  
y vuelcan las catapultas  
al empuje de su brazo.

Ya las alturas coronan  
donde cayó hecho pedazos  
el alcázar sibirita  
á sus selváticos tajos.  
De entre sus rotas columnas  
y despedazados arcos,  
en luenga túnica envuelto,  
salió un venerable anciano.  
Levantó al cielo sus ojos,  
se estremecieron sus labios,  
y á la hueste belicosa  
dijo, elevando las manos:

—Paz los hijos de las selvas;  
santa paz, fieros sicambros;  
basta ya de guerra y sangre  
y desolación y estrago.  
Por la paz del mundo entero  
Cristo muere en el Calvario,  
y paz moribundo pide,  
pendiendo del lecho amargo.

Y como una fuente pura  
que riega el sediento campo,  
de boca del sacerdote  
fué el Evangelio brotando.  
Y aquellos duros salvajes  
hechos cera, de peñascos,  
dejaron sin saber cómo  
caer sus agudos dardos.  
Se doblaron sus rodillas,  
las que nunca se doblaron,  
y la rabia de sus pechos  
tornóse oleaje manso.  
Ante la misericordia  
del Dios que muere llagado,  
con el perdón en los ojos  
y la clemencia en los labios,  
vino congoja á sus almas,  
y la sangre, dando saltos  
por sus venas, asomóse  
á los ojos, hecha llanto.

Y de pie sobre sus hordas,  
por la indignación temblando,  
contra escribas y verdugos  
y el ruin odio farisaico,  
rugió el Rey, como ruge  
herido el león más bravo,  
diciendo inocente: *¡Ay de ellos,  
si estoy allí con mis francos!*  
¡Ay de la nación que mira  
el deicidio del Calvario,  
inerte, como las rocas;  
porque esa es tierra de esclavos!

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.  
De las Escuelas Pías.

## CHARLA

«Leed vosotros los ricos, los poderosos que no queréis oír la voz de los humildes, que no usáis de justicia y caridad con vuestros hermanos necesitados; leed y acordaos de la parábola del rico Epulon y del pobre Lázaro, que, para enseñanza de todos, predicó Nuestro Señor Jesucristo.»

—¡Esto clama al cielo! Es demasiado abusar del pobre, oprimirle irritantemente. Le digo a V., Don Juan, que es muy difícil hoy a los de mi clase vivir como hombres honrados. ¡Si no fuera mirando a Dios, que carnicería!

—Por eso mismo, porque no miran a

Dios, tantísimos ricos y tantísimos patronos, y autoridades, y obreros y pobres y niños! va la sociedad desquiciándose a pasos agigantados, hasta el extremo de oírse lamentaciones como la que tú acabas de hacer. Ya lo decía yo en mi charla anterior. Prescindir de Dios es perderse irremisiblemente. ¡Y los que quieren remediar el mal combaten la Religión! Equivocados andan.

—Pero esos que combaten la religión, más o menos hipócritamente, hay que fijarse: son los que roban, los que acaparan, los que falsifican, los que blasfeman, los que mienten, los que calumnian, los que matan, en una palabra, los que a los obreros trabajadores y honrados, incluyó también la clase media, a la que usted muy bien aludía en el número anterior, están amargándonos la vida hasta hacernos estallar... Yo creo, señor mío, que la defensa en prometida, que debemos protestar en forma contundente contra tanto vampiro y tanto cacique que así vulnera la ley santa de Dios y hasta la ley natural. No son humanitarios, pues bien... —¿Qué pretendes?... discurre con acierto.

—No se, no se; la desesperación, el hambre, lleva a uno en ocasiones más allá de donde luego le pesa.

—Tienes razón. Un mal no se ha de curar con otro mal.

—Pero ¿quién aguanta tanto? De un día a otro los artículos de primera necesidad suben de precio de un modo escandaloso y sin causa que lo justifique como no sea la insaciable avaricia de cuatro acaparadores y la insultante pasividad de las autoridades, con juntas de subsistencias y ministros *ad hoc*. ¿Qué han subido los jornales? ¿y guardan proporción estas subidas con las de las subsistencias? ¿puede compensar un 15, un 25 por 100 a un 200 y 300 por 100? Estamos hoy peor que cuando los jornales eran de doce y catorce reales. Yo gano actualmente siete pesetas diarias, tengo mujer y cinco hijos y puede decirse que nos morimos de hambre. No porque mi jornal sea bajo, sino porque me han puesto los comestibles fuera de alcance, subiéndolos en más proporción que los sueldos. Y no está en esto precisamente el abuso, sino en que mi patrono se ha ganado el pasado año en su industria ¡más de 90.000 duros! Ya sé que otros han perdido, pero aquí hablamos de los que ganan y guardan habiendo tantos que reclaman más equidad, más justicia, ¿y por qué no participación en los beneficios?

—Tú ganas seis pesetas y estás así. Yo puedo citarte señores empleados con 4,50 pesetas de sueldo y familia numerosa. ¿Qué de privaciones no habrá en estas casas, Dios mío!

—Algunos me arguyen que la clase obrera está relajada, que en unos el vicio y en otros el lujo, más desenfrenado hoy que nunca, acaban con cuantas ganancias puedan proporcionársenos. Pero ¿vamos a medir a todos por el mismo rasero? En la clase obrera son más los que sufren y callan que los que chillan y despilfarran, sólo que el ruido y el boato es más llamativo. Pero sépase distinguir, selecciónese en debida forma. Désele a cada uno lo que en justicia le corresponde, lo demás es otro sistema de medida. ¿Voy a decir yo que todos los ricos y todos los patronos y todas las autoridades son de pésimo proceder, porque hay bastantes indignos del puesto que ocupan? ¡No! Pues lo mismo sucede entre nosotros los de abajo, aunque a veces nos sublevamos apenados de ver cómo se prefiere al malo, postergando al bueno. Vuelvo a repe-

tir que la defensa es permitida, es necesario que sea enérgica para que sea eficaz, de lo contrario el mal vencerá al bien. Los malos se reirían de los buenos. Basta de explotaciones y de envenenamientos, sí, de envenenamientos. Acabo de leer esto, que hace me indigne más:

«Vea lo que pasa en Madrid, por ejemplo, con los alimentos. De 344 leches analizadas por el doctor Chicote, 305 eran malas: se falsifica el pan con yeso y creta: los artículos de confitería hasta con cromato de potasa y arseniato de cobre: el café con azul de Prusia, talco y plombagina: el chocolate con cinabro y nimio: la manteca con cerebro de caballo y margarina. Un autor dice que al hacer en su laboratorio el análisis de los chocolates fabricados en una ciudad española, halló tales substancias dañosas que, de haber publicado los análisis, se hubieran apedreado las fábricas; todo el mundo sabe lo que pasa con las carnes clandestinas: de 133 muestras de vino, analizadas en una gran ciudad, sólo tres eran buenas; en el vinagre echan ácido piroleñoso. Y así con todo. Se adulteran hasta las medicinas.»

Y hasta el carbón, que es grava de la carretera, digo yo. Sigo leyendo:

Las consecuencias las condensaba ya así el doctor Letamendi:

«Originase de este mentiroso sustento una mentida nutrición que al cuerpo imprime marcadísimo sello de flaqueza, revelado, así en las materiales manifestaciones de la encarnadura, como en las morales del carácter; así por la falta de resistencia en las enfermedades del cuerpo, como por la ausencia de fortaleza en las tribulaciones del espíritu.»

Y el señor Azcárate dice en un libro:

«Cada época tiene sus excelencias y sus enfermedades, y una de estas, en la actual vida económica, es la falsificación. Todo se falsifica y adultera en términos que nadie sabe si la leche que toma es leche, si el café es café, si el vino es vino, y hasta si las medicinas son medicinas... El Código penal castiga el fraude y el engaño cuando se altera la cantidad o la calidad de las mercancías; pero ni ponen sanción a todos los casos que la merecen, ni en los previstos pone un correctivo adecuado.»

Lo que pasa con los artículos de comer y beber, pasa con los de vestir, con los de distracción, con los instrumentos de trabajo, con todo. Hay muchos industriales de buena fé, pero la industria, como clase, parece que tiene empeño en despeñarse en el descrédito. Al comprar algo, el consumidor se pone ya en guardia y se pregunta: ¿dónde estará aquí la mistificación?

«El afán de lucro alentado por la impunidad se ha desbordado, ha echado abajo todas las barreras morales que podían contenerlo.»

Créame V., es necesario que venga la gorda, una revolución sangrienta, que acabe con todos esos que después de haber quitado al pueblo la fé en Dios, ahora le matan de hambre o le envenenan...

.....

Tú que me lees ¿quién eres? ¿A qué clase perteneces? ¿Eres de los de abajo, de los que se ven injustamente atribulados? Por el amor de Dios, por el prestigio y bien de nuestra querida Patria, no hagas nada ilícito, no te entregues al crimen ni a esos «profesionales de la revuelta», que en vez de salvarte te hundirán más. Unete a los buenos, trabaja incansable con ellos para mejorar tu situación, para hacerte oír, para que vuel-

va esta desgraciada sociedad al camino abandonado.

¿Eres rico, patrono, autoridad? Tus responsabilidades son entonces mayores. De tus ejemplos en la inversión del capital que Dios puso en tus manos para que lo administres rectamente, de tus comportamientos con los obreros a tu cargo, de tus órdenes y mandatos a tus subordinados, depende en gran parte la tranquilidad y prosperidad de la patria, la salud del pueblo. Jesucristo a todos nos ha dado su Evangelio, sus leyes; los que de ellas os apartáis ¡temblad! Todo el oro del mundo no os ha de salvar; todas las bayonetas y cañones habidos y por haber y de la salud de los cuerpos. Temblad los comerciantes ambiciosos y falsificadores que hacéis fortuna a costa del hambre y de la salud del cuerpo. Temblad los ricos que gastáis en lo superfluo lo que al pueblo es necesario y se le debe de justicia. Temblad los patronos que no veis en el obrero otra cosa que una máquina productora y no un hermano vuestro, un socio de vuestros intereses. Temblad los que mandáis, que consentís propagandas engañosas e infames que van llevando el mundo a la perdición.

Temblad también los pusilánimes, los *piadosos de comodín* que os empeñáis en cerrar los ojos para no ver tanta falta de justicia y caridad, tanto desastre, no habiendo quien os arranque de vuestras costumbres caseras sin molestias de ninguna clase en bien de nuestros prójimos.

¡Ah!, lectores míos, pobres y ricos, estamos en días memorables, conmemorativos de aquellos otros en que Jesucristo sufrió y padeció muerte de cruz por salvar a la humanidad, por redimirla y para darnos a todos ejemplo de Padre y de Maestro. Recordémoslos todos y aprendamos a ser dignos discípulos de Cristo, unos mandando y otros obedeciendo; en la inteligencia que, si grande fué el sacrificio de un Dios por amor al hombre, grande será la responsabilidad que se nos exija en el día terrible de la cuenta.

## Util y dulce

### El respeto humano

En una carta fechada en Julio de 1836, escribía Victor Hugo á un pariente suyo lo siguiente:

«Dí á tus hijos que me he acordado mucho de ellos en la capilla de Nuestra Señora de la Salvación. Había allí algunas pobres mujeres de marineros que rezaban de rodillas por sus esposos que se hallaban exponiendo su vida en el mar. Yo también recé, pero sin arrodillarme y sin cruzar las manos, con este estúpido orgullo de nuestro tiempo, aunque de lo íntimo de corazón...»

Estúpido orgullo: ese es el calificativo que cuadra al necio respeto humano.

### La negación de Dios

Hay un ave en las llanuras africanas que cuando se vé perdida en manos del cazador, cree que desaparecen para ella los peligros, si oculta su cabeza debajo del ala para no ver al enemigo.

La soberbia cree que metiendo la cabeza debajo del ala de la negación está libre de Dios.

Luzbel, padre inmortal de los soberbios, cuando rechina el máximum con-

tra Dios, y no sabe cómo escupir blasfemias al que le tiene amarrado en la eternidad del dolor, lanza la carcajada que conmueve al mundo de la rebeldía.

### Edad

Entre mil personas sólo se cuenta un centenario; seis entre cien llegan á los sesenta y cinco años, y entre quinientos no hay más que un octogenario.

## LA MEJOR RECOMENDACION

En los últimos años de carrera, cansado ya Aparisi y casi agotado por el exceso del trabajo, tuvo precisión de retirarse de las luchas forenses para recobrar en el descanso las energías perdidas. En estas circunstancias llegóse á él un pobre hombre para que le defendiera en los tribunales de justicia. Llevaba recomendaciones de personas influyentes. Aparisi se excusó, justificando su negativa y sintiendo no poder acceder á la petición. El deman-

dante se lamentó apesadumbrado diciendo que como era pobre, no encontraría un buen abogado que lo defendiera. Súbita é instintivamente se impuso el corazón de Aparisi. «¿Ha dicho usted que es pobre? ¿Por qué no empezó por ahí? Todas las recomendaciones é influencias del mundo no le hubieran servido de nada, pero la pobreza es una recomendación de Cristo, á la que yo no me puedo negar aunque me costara la vida. Yo le defenderé.»

**Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.**

### CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. R. G. V.—Montefrío.—Pagó 1919.  
Sr. D. E. T. R.—Pamplona.—Id. fin Mayo 1919.  
De Laviana pagaron: D.ª S. de la T., 1919 y donativo de 1 pta.—A fin Marzo, D.ª C. A., O. F., C. C., M. M., F. A., A. S.,

D. G., S. L., J. M., M. A., R. V., A. M. y donativo de 0,50, S. G., J. B., A. G., C. A., J. G., E. G., J. M. D. F., S. B., A. C.—A fin de Enero: D.ª F. G.—A fin de Febrero: D.ª M. S., G. B., B. A., M. G., B. G., J. C. y donativo de 1 pta., J. E. V.—A fin Abril: D. R. S., J. V. C., E. V., B. A.



Nuestro muy apreciado amigo y suscriptor, en Gijón, DON SABINO ACEBAL FERNANDEZ, ha entregado su alma a Dios el 31 del pasado Marzo, confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición de S. S.

A sus hijos y demás apreciable familia acompañamos en el sentimiento que les aflige por tan irreparable pérdida y a nuestros piadosos lectores pedimos, en caridad, una oración por el alma del finado, que de Dios goce.

R. I. P.

Imp. «La Reconquista» :: S. Bernardo, 99 :: Gijón.

::: TEJIDOS EN GENERAL :::

ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la Provincia

GIJÓN.-CALLE CORRIDA

# LA SIRENA

Droguería y Perfumería de

## VICTOR ANTOLIN

Corrida, 90.—GIJÓN

'La Rusquilla'

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.  
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C

Fotografía **VILLANUEVA**

LA MAS CÓMODA Y ECONÓMICA

Corrida, 62, bajo :: GIJÓN

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Doctor **EMILIO VILLA**

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

## BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS.

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

## Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

**ACEBAL, RATO Y COMP.ª**

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

COLECCIONES DE

**El Amigo del Pobre**

Varios años, a 4 pesetas.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

**Saez, Pérez y Compañía**

BARRIO DEL TEJEDOR : TELÉFONO 453 : GIJÓN

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

**Arturo Prieto Acebal**

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

TELÉFONO 312

FUNERARIA DE  
**HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ**

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES  
de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

**M. BASURTO**

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

**INDUSTRIAS ZARRACINA**

Sociedad Anónima

**GRANDES FÁBRICAS**

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

**Doctor CALISTO DE RATO Y ROCES**

:: Especialista en enfermedades ::

:: :: del sistema nervioso :: ::

CONSULTA: MAÑANA Y TARDE

CORRIDA, 63 :: GIJÓN